



TAMPA LIFE CHURCH



SERIE DE ESTUDIO BÍBLICO JUVENIL

# OFFLINE

---

## CRUZANDO LA LÍNEA CORRECTA

La Consagración Delante de Dios Hace Maravillas

APAGA EL RUIDO. SINTONIZA CON DIOS.

> SECCIÓN 1

# Dios a Menudo Repite Sus Milagros con Propósitos Diferentes

Uno de los patrones más hermosos que descubrimos a lo largo de las Escrituras es que Dios a menudo repite sus obras, pero lo hace para revelar una dimensión más profunda de su carácter y su propósito. Cada milagro es intencional. Dios nunca hace maravillas simplemente para impresionar a las personas; cada milagro enseña una verdad espiritual y acerca a su pueblo un paso más a su propósito eterno. Cuando comparamos el cruce del Mar Rojo por Israel en Éxodo con su cruce del río Jordán en Josué, notamos de inmediato semejanzas sorprendentes. En ambos sucesos, Dios detuvo las aguas, hizo un camino seco donde no lo había, y guio a su pueblo con seguridad hacia el otro lado. Sin embargo, aunque el milagro se veía similar en la superficie, el propósito de Dios era completamente diferente.

El primer cruce ocurrió en el Mar Rojo bajo el liderazgo de Moisés. Israel acababa de ser liberado de más de cuatro siglos de esclavitud en Egipto. El ejército del faraón estaba detrás de ellos, el mar estaba delante de ellos, y parecía no haber escapatoria. En ese momento, Dios demostró su poder incomparable al dividir las aguas, permitiendo que su pueblo cruzara en tierra seca antes de destruir al ejército egipcio que los perseguía. Este milagro fue la declaración de Dios de que él solo era el Libertador de Israel. El cruce del Mar Rojo marcó el fin de la esclavitud y el comienzo de una nueva vida. Fue un milagro de redención.

*Y extendió Moisés su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirase por recio viento oriental toda aquella noche; y volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas. Entonces los hijos de Israel entraron por en medio del mar, en seco, teniendo las aguas como muro a su derecha y a su izquierda.*

**ÉXODO 14:21-22 (RVR60)**

Años después, otra generación se encontró frente a otra masa de agua. Esta vez no era el Mar Rojo, sino el río Jordán. Moisés había muerto, y Josué se había convertido en el nuevo líder de Israel. El pueblo ya no huía de Egipto; estaban de pie en el umbral de la tierra que Dios había prometido a Abraham siglos antes. No había ningún ejército egipcio persiguiéndolos. En cambio, había una herencia esperando al otro lado. Una vez más, Dios detuvo las aguas. Una vez más, su pueblo cruzó en tierra seca. Sin embargo, este milagro no se trataba de escapar de la esclavitud, sino de entrar en la promesa. El Dios que libera es también el Dios que establece a su pueblo en las bendiciones que ha preparado para ellos.

El hermano Taylor Fairbanks señala una distinción importante en Josué 3. Antes de que las aguas se dividieran, Josué le dio al pueblo una orden extraordinaria: “Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros”. A diferencia del Mar Rojo, donde Israel huía de un enemigo, el río Jordán requería preparación antes de que pudieran entrar en la promesa de Dios. El milagro fue precedido por la consagración.

*Y Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros.*

**JOSUÉ 3:5 (RVR60)**

Esto revela un principio espiritual poderoso. Dios no simplemente nos libera de algo; siempre desea llevarnos hacia algo. Con demasiada frecuencia celebramos nuestra salvación, pero no perseguimos

nuestro llamado. Israel no podía quedarse para siempre en el lado del desierto del Jordán. La intención de Dios nunca fue solo rescatarlos de Egipto, sino establecerlos en Canaán. De la misma manera, nuestra experiencia de arrepentimiento, el bautismo en el nombre de Jesús y la llenura del Espíritu Santo no es la línea de meta de nuestro camino espiritual, es el comienzo de una vida de crecimiento continuo, madurez espiritual y propósito de reino.

El Nuevo Testamento refleja este mismo patrón. Jesús no salvó a sus discípulos solo para perdonar sus pecados; los transformó en apóstoles que trastornarían el mundo. Pablo les recordó a los creyentes en Éfeso que la salvación nunca fue el objetivo final de Dios.

*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.*

**EFESIOS 2:10 (RVR60)**

Observa la progresión. Somos salvos para buenas obras. La gracia no termina con el perdón; la gracia impulsa el propósito. Dios nos libera del pecado para que lleguemos a ser instrumentos a través de los cuales su gloria se revele al mundo.

Quizás la mayor lección de estos dos cruces es que todo creyente experimenta ambos caminos. Existe un momento del Mar Rojo, cuando Dios rompe las cadenas de nuestro pasado, perdona nuestros pecados y nos libera mediante su poder salvador. Pero también existe un momento del Jordán, cuando nos llama a dejar atrás la complacencia espiritual y a entrar en niveles más profundos de fe, obediencia, consagración y utilidad en su Reino. El Dios que abrió el primer mar es fiel para abrir también el segundo río. La pregunta no es si Dios puede hacer otro milagro. La pregunta es si estamos dispuestos a prepararnos para el propósito mayor que él tiene esperando al otro lado.

Al continuar con este estudio, descubriremos que el mayor obstáculo entre el pueblo de Dios y sus promesas no siempre es un enemigo que se interpone en su camino. A veces es simplemente la necesidad de un corazón completamente rendido a él. Antes de que Dios haga maravillas entre su pueblo, a menudo lo llama a algo que parece sencillo, pero que es profundamente transformador: “Santificaos”. Ese llamado a la consagración se convierte en la puerta por la cual entramos a todo lo que Dios desea hacer en nuestras vidas.

> SECCIÓN 2

# La Liberación No Es el Final del Camino

Uno de los mayores malentendidos en la vida cristiana es creer que la salvación es el destino y no el comienzo. Muchas personas se regocijan cuando Dios los libera del pecado, rompe hábitos destructivos, restaura sus vidas o los llena con el Espíritu Santo, y con razón. El cielo mismo se regocija por un pecador que se arrepiente (Lucas 15:7). Sin embargo, si nos detenemos ahí, perdemos el propósito mayor de la redención de Dios. La intención de Dios nunca ha sido simplemente sacar a su pueblo de la esclavitud; su propósito es llevarlo a sus promesas. La liberación no es la meta final de Dios, es su punto de partida.

Esta verdad se ilustra de manera hermosa en la historia de Israel. La generación que cruzó el Mar Rojo experimentó uno de los milagros más grandes registrados en las Escrituras. Vieron las aguas dividirse ante sus ojos. Caminaron por tierra seca. Fueron testigos de cómo el poderoso ejército del faraón era tragado por el mar. Cantaron canciones de victoria en la otra orilla porque el Dios de Abraham, Isaac y Jacob los había liberado de siglos de esclavitud. Sin embargo, a pesar de haber presenciado un poder tan extraordinario, muchas de esas mismas personas nunca entraron en la Tierra Prometida.

El problema nunca fue la capacidad de Dios para cumplir su promesa. El problema fue que, aunque Israel había salido de Egipto físicamente, Egipto nunca había salido por completo de sus corazones. Habían sido liberados de la esclavitud, pero todavía no habían aprendido a vivir como el pueblo del pacto de Dios. Miraban continuamente hacia atrás en lugar de hacia adelante. Cuando surgían las dificultades, anhelaban lo familiar de Egipto en lugar de confiar en el Dios que ya había demostrado su fidelidad.

*Y murmuraron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel... Y decían el uno al otro: Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto.*

**NÚMEROS 14:2-4 (RVR60)**

Qué asombroso que un pueblo que había visto dividirse el Mar Rojo todavía deseara regresar al lugar de su esclavitud. Sin embargo, antes de juzgar a Israel con demasiada dureza, debemos reconocer que a menudo enfrentamos la misma tentación. Hay momentos en que Dios nos libera de hábitos pecaminosos, relaciones dañinas, pensamientos destructivos o complacencia espiritual, pero cuando llegan las pruebas, la carne anhela lo familiar en lugar de lo santo. La libertad requiere fe, porque las promesas de Dios a menudo están más allá de nuestra zona de comodidad.

El hermano Taylor Fairbanks señala una diferencia importante entre el primer cruce y el segundo. En el Mar Rojo, Israel escapaba de un enemigo. En el río Jordán, no había ningún ejército egipcio detrás de ellos. En cambio, había una herencia delante de ellos. El obstáculo ya no era la esclavitud; era creerle a Dios para el siguiente paso. Su mayor desafío no era salir de Egipto, era confiar lo suficiente en Dios para entrar en Canaán.

Esta distinción le habla directamente a cada creyente. Muchos de nosotros podemos testificar del día en que Dios nos salvó. Recordamos la paz que inundó nuestro corazón después del arrepentimiento. Recordamos el gozo del bautismo en el nombre de Jesús y la llenura del Espíritu Santo. Esos momentos son preciosos y nunca deben olvidarse. Sin embargo, el Señor sigue preguntándonos a cada uno: “¿Seguirás siguiéndome?”. La salvación no es simplemente un evento para recordar; es la puerta hacia una relación de por vida que continuamente nos transforma a la imagen de Cristo.

El apóstol Pablo expresó esta progresión en su propia vida. Aunque había experimentado una conversión dramática en el camino a Damasco y había sido usado poderosamente por Dios, se negó a creer que ya había llegado espiritualmente.

*Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.*

**FILIPENSES 3:13-14 (RVR60)**

Observa el lenguaje de Pablo. No vivía en las victorias del ayer. Tampoco estaba encarcelado por los fracasos del ayer. Sus ojos permanecían fijos en el futuro que Dios había preparado para él. Los creyentes maduros entienden que cada temporada con Dios abre la puerta a una temporada aún más profunda. La vida cristiana es un camino continuo de gloria en gloria (2 Corintios 3:18), de fe en fe (Romanos 1:17), y de poder en poder (Salmo 84:7).

Esta es una razón por la que el crecimiento espiritual a veces se siente incómodo. Dios rara vez nos deja donde estamos. Así como Israel tuvo que dejar atrás el desierto para poseer Canaán, nosotros debemos dejar continuamente atrás actitudes viejas, temores viejos, prioridades viejas y formas de pensar viejas. Cada nuevo nivel de madurez espiritual requiere mayor confianza, una entrega más profunda y una dependencia mayor del Señor. El mismo Dios que nos sacó de Egipto es quien ahora nos llama a caminar hacia nuestra herencia.

La tragedia de la generación del desierto no fue la falta de milagros. Experimentaron milagros casi a diario. Comieron maná del cielo. Bebieron agua de la roca. Su ropa no se desgastó. Una columna de nube los guiaba de día, y una columna de fuego de noche. Sin embargo, los milagros por sí solos no podían producir madurez. La provisión sobrenatural de Dios estaba destinada a desarrollar su fe, pero muchos permitieron que la incredulidad endureciera su corazón.

El escritor de Hebreos usa la experiencia de Israel como una advertencia para la iglesia del Nuevo Testamento.

*¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad.*

**HEBREOS 3:18-19 (RVR60)**

Observa con cuidado que Israel no fracasó porque Dios cambiara de parecer. Fracasaron porque se negaron a confiar en él. La mayor barrera entre ellos y la Tierra Prometida no fue el río Jordán, ni las ciudades fortificadas de Canaán, ni los gigantes que vivían allí. Su mayor obstáculo fue la incredulidad.

Quizás la verdad más alentadora de la generación de Josué es que se negaron a repetir los errores de quienes vinieron antes de ellos. Se pararon frente a otro río imposible, pero en lugar de quejarse, obedecieron. En lugar de anhelar el pasado, se prepararon para el futuro. En lugar de permitir que el miedo

dictara sus acciones, siguieron la presencia de Dios dondequiera que los llevara. Su historia nos recuerda que cada generación tiene la oportunidad de elegir la fe por encima del miedo, y la obediencia por encima de la vacilación.

Como creyentes hoy, debemos preguntarnos continuamente algo importante: ¿estamos satisfechos simplemente porque Dios nos sacó de Egipto, o estamos dispuestos a seguirlo hasta el final en las promesas que ha preparado para nuestras vidas? La respuesta a esa pregunta determinará si pasamos nuestras vidas vagando en un desierto espiritual o caminando en la plenitud del propósito de Dios. Y como revela Josué, el camino hacia esa promesa siempre comienza con una palabra esencial: consagración.

» SECCIÓN 3

# La Consagración Siempre Precede a las Maravillas de Dios

En el corazón mismo del mensaje de Josué a Israel se encuentra uno de los principios más profundos de las Escrituras:

*Y Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros.*

**JOSUÉ 3:5 (RVR60)**

Observa el orden. Josué no comenzó hablando del río Jordán. No discutió estrategia militar ni explicó cómo Dios detendría las aguas. Simplemente dio una orden: “Santificaos”. Solo después de esa orden llegó la promesa: “Mañana Jehová hará maravillas entre vosotros”. Dios colocó intencionalmente la consagración antes del milagro, porque estaba preparando a su pueblo no solo para presenciar su poder, sino también para administrar lo que estaba a punto de hacer.

Este principio aparece a lo largo de toda la Biblia. Dios a menudo prepara a su pueblo internamente antes de cambiar sus circunstancias externamente. Naturalmente nos enfocamos en lo que Dios va a hacer a nuestro alrededor, pero Dios a menudo está mucho más interesado en lo que está haciendo dentro de nosotros. Antes de cambiar nuestra situación, desea transformar nuestro corazón. Antes de abrir una puerta nueva, prepara a la persona que cruzará por ella.

La palabra “santificar” o “consagrar” tiene un significado mucho más rico de lo que muchos se dan cuenta. En el Antiguo Testamento significa literalmente apartar, hacer santo, o dedicar algo exclusivamente al uso de Dios. No era simplemente la eliminación de la impureza; era el acto positivo de pertenecer por completo al Señor.

Los sacerdotes eran consagrados. El tabernáculo era consagrado. El altar era consagrado. Los sacrificios eran consagrados.

Todo lo que se dedicaba al servicio de Dios era primero apartado antes de poder usarse para su gloria.

Ese mismo principio ahora se aplica a cada creyente.

*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.*

**1 PEDRO 2:9 (RVR60)**

Bajo el Nuevo Pacto, Dios ya no prepara un tabernáculo físico. Está preparando a su pueblo. Nos hemos convertido en el templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). Por lo tanto, la consagración ya no se trata simplemente de objetos santos, se trata de vidas santas.

Esto nos ayuda a entender algo muy importante. La consagración no es un intento de Dios por limitar nuestra libertad. Es la invitación de Dios a su presencia. Con demasiada frecuencia, al escuchar la palabra santidad pensamos de inmediato en restricciones, reglas, o cosas que no podemos hacer. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, la santidad nunca se presenta como castigo. La santidad es el privilegio de pertenecer a Dios.

Imagina a una novia preparándose para el día de su boda. Con gusto deja de lado innumerables distracciones, no porque alguien la obligue a hacerlo, sino porque su corazón está fijo en aquel a quien ama. Su preparación está motivada por la relación. De la misma manera, la consagración bíblica fluye del amor, no del legalismo. Nos apartamos porque deseamos una comunión más profunda con el Señor.

Jesús expresó esto de manera hermosa.

*Si me amáis, guardad mis mandamientos.*

**JUAN 14:15 (RVR60)**

Observa que él no dijo: “Guardad mis mandamientos para que yo os ame”. Su amor viene primero. Nuestra obediencia se convierte en la respuesta gozosa a su amor. La consagración es simplemente el amor expresado a través de la entrega.

A lo largo de las Escrituras vemos repetidamente este patrón: preparación antes de la manifestación.

Antes del monte Sinaí, el pueblo se lavó y se preparó para la presencia de Dios.

*Y Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana... Y estén apercibidos para el día tercero, porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí.*

**ÉXODO 19:10-11 (RVR60)**

Antes de que Salomón dedicara el templo, los sacerdotes se santificaron.

Antes de Pentecostés, los discípulos esperaron juntos en oración y unidad.

Antes de los viajes misioneros de Pablo, hubo temporadas de oración y ayuno.

Una y otra vez, Dios nos muestra que la preparación nunca es en vano. El cielo a menudo obra en silencio antes de obrar de manera visible.

Uno de los mayores peligros en el cristianismo moderno es que a menudo deseamos el poder de Dios más que el proceso de Dios. Oramos por avivamiento, pero a veces resistimos el arrepentimiento. Pedimos milagros mientras descuidamos la oración. Deseamos unción sin entrega. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, las mayores obras de Dios casi siempre están precedidas por temporadas de preparación.

Consideremos a Elías en el monte Carmelo. Antes de que el fuego cayera del cielo, primero reparó el altar derribado (1 Reyes 18:30). El milagro fue espectacular, pero la preparación vino primero. Dios honró el altar restaurado antes de enviar el fuego.

De la misma manera, cuando Jesús resucitó a Lázaro de entre los muertos, primero ordenó a la gente que quitara la piedra.

*Jesús dijo: Quitad la piedra...*

**JUAN 11:39 (RVR60)**

¿Podía Jesús haber quitado la piedra él mismo? Ciertamente. Sin embargo, invitó a las personas a obedecer en lo que ellas podían hacer antes de realizar lo que solo él podía hacer. Ese es a menudo el patrón de Dios. Nos pide obediencia, mientras él provee el milagro.

Quizás por eso la orden de Josué es tan sencilla. No le pidió a Israel que detuviera el río. No les pidió que derrotaran a los cananeos. No les pidió que lograran lo imposible. Simplemente los llamó a prepararse. Dios se encargaría del río.

Lo mismo sigue siendo cierto hoy. No podemos fabricar el avivamiento. No podemos producir milagros. No podemos obligar a las personas a creer. Solo Dios puede hacer esas cosas. Pero podemos preparar nuestro corazón. Podemos arrepentirnos. Podemos orar. Podemos ayunar. Podemos perdonar. Podemos eliminar las distracciones que compiten por el lugar que le corresponde a Dios en nuestra vida. Podemos presentarnos ante él como sacrificio vivo.

*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.*

**ROMANOS 12:1 (RVR60)**

Observa que Pablo no describe el sacrificio como un cristianismo extraordinario. Lo llama nuestro culto racional. En otras palabras, la entrega completa es la respuesta normal a una misericordia extraordinaria.

La promesa que Josué le dio a Israel todavía resuena en la vida de los creyentes hoy: “Mañana Jehová hará maravillas entre vosotros”. Cada generación anhela ver a Dios moverse de maneras milagrosas. Oramos por avivamiento en nuestras iglesias, sanidad en nuestras familias, restauración en vidas quebrantadas, y salvación para quienes amamos. Estas son buenas oraciones. Pero antes de que el Jordán se abra, Dios todavía habla la misma invitación que habló hace miles de años:

### ***“Santificaos”.***

La puerta hacia las maravillas de Dios nunca ha sido la capacidad humana. Siempre ha sido el corazón completamente rendido a él.

> SECCIÓN 4

# La Consagración Es Más Que Decir “No”

Si no tenemos cuidado, podemos desarrollar una comprensión incompleta de la consagración. Escuchamos la palabra y de inmediato comenzamos a hacer una lista de cosas que debemos dejar de hacer. Pensamos en hábitos que debemos abandonar, tentaciones que debemos evitar, o influencias mundanas que debemos eliminar de nuestra vida. Aunque esas cosas ciertamente tienen su lugar, no definen por completo la consagración bíblica. Si nuestra comprensión de la santidad consiste solo en decir “no”, hemos pasado por alto la invitación mayor que Dios nos está extendiendo.

El hermano Taylor Fairbanks hizo una observación profunda en su mensaje. Explicó que la mayoría de las personas entienden la consagración como estar apartados de algo, pero no reconocen que las Escrituras enseñan que somos apartados para Alguien. El énfasis no está solo en lo que dejamos atrás, sino en Aquel a quien ahora pertenecemos.

Esta distinción lo cambia todo.

Dios nunca nos pide que abandonemos algo solo para crear un vacío en nuestra vida. Cada acto de separación crea espacio para una relación más profunda con él. La vida cristiana nunca se trata de privación; se trata de intercambio. Dejamos lo temporal para poder recibir lo eterno. Entregamos lo que satisface por un momento para poder poseer lo que satisface para siempre.

Jesús ilustró este principio con notable claridad.

*Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo, y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.*

**MATEO 13:44 (RVR60)**

Observa por qué el hombre vendió todo. No estaba lamentando lo que perdía. Se estaba regocijando por lo que había encontrado. Su sacrificio no estaba motivado por la obligación, sino por un gozo abrumador. Comparado con el tesoro que tenía delante, todo lo demás se volvió insignificante.

Ese es el corazón de la consagración.

Los apóstoles también entendieron esto. Cuando Pedro y Andrés dejaron sus redes de pescar para seguir a Jesús, las Escrituras nunca registran que se quejaron por lo que habían dejado. Mateo dejó su mesa de recaudador de impuestos. Zaqueo entregó una riqueza deshonesta. Pablo consideró que sus logros anteriores no valían nada comparados con conocer a Cristo.

*Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.*

**FILIPENSES 3:7-8 (RVR60)**

Pablo no estaba describiendo un sacrificio a regañadientes. Había descubierto algo infinitamente más grande que todo lo que había dejado atrás. Esa es la diferencia entre religión y relación. La religión se enfoca en lo que debe entregar. La relación se enfoca en Aquel que ha ganado.

Esto ayuda a explicar por qué el legalismo y la santidad no son lo mismo.

---

***El legalismo pregunta: “¿Qué tan cerca puedo estar del mundo sin pecar?”***

***La consagración pregunta: “¿Qué tan cerca puedo acercarme a Jesús?”***

***Uno se mueve por reglas. El otro se mueve por amor.***

---

El otro se mueve por amor.

Uno pregunta constantemente: “¿Esto está permitido?”

El otro pregunta: “¿Esto me acercará más a Cristo?”

La meta de la santidad bíblica nunca ha sido simplemente evitar el mal. La meta es perseguir a Dios con tanta pasión que las cosas menores pierdan su atractivo.

David expresó este anhelo de manera hermosa.

*Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo.*

**SALMO 27:4 (RVR60)**

Observa el enfoque de David. No estaba consumido evitando el pecado; estaba consumido persiguiendo la presencia de Dios. Cuanto más cautivados estemos con la hermosura de Dios, menos atractivos se vuelven los sustitutos del mundo.

Por esto Jesús resumió el gran mandamiento en términos de amor y no de reglamento.

*Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento.*

**MATEO 22:37-38 (RVR60)**

Todo lo demás fluye de este mandamiento. Un corazón que ama genuinamente a Dios naturalmente deseará agradarlo. La santidad no es algo impuesto a un creyente renuente; es la respuesta gozosa de alguien que se ha enamorado profundamente de Cristo.

El hermano Fairbanks también nos recuerda que el pecado a menudo parece atractivo por una temporada. Las mismas Escrituras reconocen esta realidad. El pecado puede prometer placer, emoción, aceptación o alivio temporal, pero nunca puede entregar paz duradera. Al final deja el alma más vacía que antes. La consagración, por lo tanto, no es Dios reteniéndonos algo bueno. Es Dios protegiéndonos de gozos

falsificados mientras nos invita a placeres que nunca se desvanecen.

El escritor de Hebreos describe a Moisés haciendo precisamente esta elección.

*Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado.*

HEBREOS 11:24-26 (RVR60)

Observa la frase “por una temporada”. El pecado siempre anuncia el presente, pero oculta el futuro. Promete satisfacción, pero al final produce esclavitud. Los mandamientos de Dios pueden requerir un sacrificio temporal, pero siempre conducen a vida abundante.

Jesús declaró:

*Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.*

JUAN 10:10 (RVR60)

La vida abundante que Jesús promete no se encuentra acumulando más del mundo. Se encuentra entregándole más de nosotros mismos a él.

Esta verdad también transforma la manera en que vemos las disciplinas espirituales como la oración, el ayuno, la lectura bíblica y la adoración. Estas no son obligaciones religiosas diseñadas para ganar la aprobación de Dios. Son invitaciones a una comunión más profunda con él. La oración no es simplemente decir palabras; es disfrutar de la comunión con nuestro Padre celestial. El ayuno no es simplemente negar el cuerpo; es recordarle a nuestra alma que nuestra hambre más profunda solo puede ser saciada por Dios. La adoración no es simplemente cantar canciones; es el corazón respondiendo a la dignidad de Cristo.

La consagración, entonces, se trata menos de lo que nuestras manos sueltan y más de lo que nuestro corazón abraza.

Cuando entendemos verdaderamente esto, la santidad deja de sentirse como una carga. Se convierte en un privilegio. Ya no obedecemos porque tememos perder el amor de Dios; obedecemos porque ya lo hemos experimentado. Cada acto de entrega se convierte en otra oportunidad de conocerlo más profundamente.

Como escribió Pablo:

*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.*

GÁLATAS 2:20 (RVR60)

Esa es la esencia de la consagración. La vida vieja no es simplemente restringida, es reemplazada. Nuestras ambiciones se convierten en sus ambiciones. Nuestros deseos comienzan a reflejar sus deseos.

Nuestras vidas se convierten en testimonios vivos de que el mayor gozo que podemos experimentar no se encuentra en lo que hemos dejado atrás, sino en el Salvador a quien ahora pertenecemos.

Y cuando la consagración se entiende de esta manera, ya no se siente como perder la libertad. En cambio, descubrimos lo que Jesús enseñó desde el principio: la verdadera libertad solo se encuentra en él.

> SECCIÓN 5

# Hay Dos Líneas

5

Uno de los momentos más memorables del mensaje del hermano Taylor Fairbanks llegó a través de una sencilla ilustración visual. Colocó dos sillas frente a la congregación y las usó para representar una línea. De un lado estaba la vida de la carne. Del otro lado estaba la vida del Espíritu. Su punto era sencillo y profundo a la vez: hay una línea que Dios continuamente nos llama a no cruzar, y hay otra línea que continuamente nos invita a cruzar. La vida cristiana no se trata solo de evitar el lado equivocado; se trata de vivir intencionalmente en el lado correcto.

Esta ilustración refleja uno de los grandes temas del Nuevo Testamento. Las Escrituras presentan constantemente dos maneras de vivir. Moisés las llamó vida y muerte. David las describió como el camino de los justos y el camino de los impíos. Jesús habló del camino angosto y el camino ancho. Pablo se refirió a ellas como andar conforme a la carne o andar conforme al Espíritu. Aunque la terminología cambia, el principio permanece igual: cada creyente debe elegir qué dirección gobernará su vida.

Pablo explica este conflicto con notable honestidad.

*Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.*

**GÁLATAS 5:16-17 (RVR60)**

Observa que Pablo no describe a la carne y al Espíritu como vecinos pacíficos. Están en oposición constante. Cada creyente experimenta esta batalla interna. En el momento en que nacemos de nuevo, recibimos una naturaleza nueva que se deleita en las cosas de Dios, pero la vieja naturaleza pecaminosa sigue resistiendo la obra del Espíritu. La madurez espiritual no es la ausencia de este conflicto; es aprender qué voz elegiremos obedecer continuamente.

Esta verdad debería animarnos. Muchos creyentes sinceros se desaniman porque todavía experimentan tentación después de la conversión. Se preguntan si algo anda mal con su fe. Sin embargo, la lucha misma es evidencia de que el Espíritu está obrando. Antes de la salvación, la carne reinaba sin resistencia. Después de la salvación, un nuevo Rey reina dentro de nosotros, y el conflicto comienza porque nuestro corazón ahora desea lo que agrada a Dios.

El mismo Pablo testificó de esta lucha.

*Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios... ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.*

**ROMANOS 7:22-25 (RVR60)**

Pablo no estaba justificando el pecado; estaba reconociendo la realidad de la guerra espiritual. La victoria no se encuentra fingiendo que la batalla no existe. La victoria viene al rendirnos continuamente al Espíritu de Dios.

El hermano Fairbanks enfatizó que la consagración y la convicción funcionan como límites amorosos. Nos impiden cruzar la línea hacia la carne. Les recordó a los estudiantes que estos límites se verán diferentes de una persona a otra, porque cada creyente enfrenta tentaciones y debilidades distintas. La meta no es la comparación, sino la entrega honesta delante de Dios.

Este es un principio importante que merece atención cuidadosa. La convicción es personal, pero nunca es arbitraria. El Espíritu Santo sabe exactamente dónde es vulnerable cada creyente. Lo que puede ser una actividad inofensiva para un cristiano podría convertirse en una puerta a la tentación para otro. Debido a que nuestro Padre celestial nos conoce perfectamente, coloca amorosamente convicciones en nuestra vida para proteger nuestra comunión con él.

Consideremos la sabiduría de Proverbios.

*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.*

**PROVERBIOS 4:23 (RVR60)**

El corazón es la fuente de la cual fluyen nuestras palabras, actitudes, decisiones y acciones. Satanás entiende esto, por lo cual busca constantemente acceso al corazón a través de la mente, los ojos, los oídos y los deseos de la carne. Las convicciones de Dios actúan como muros protectores alrededor de lo más valioso.

Imagina a un pastor guiando ovejas por peligrosos senderos de montaña. Las cercas no están ahí porque al pastor le desagraden las ovejas. Están ahí porque él sabe dónde están los precipicios. Las ovejas quizás no entiendan cada límite, pero pueden confiar en la sabiduría del pastor. De la misma manera, muchas de las instrucciones de Dios solo revelan su propósito amoroso después de haber caminado con él por un tiempo.

David entendió esta relación entre los mandamientos de Dios y la verdadera libertad.

*Y andaré en libertad, porque he buscado tus mandamientos.*

**SALMO 119:45 (RVR60)**

A primera vista, ese versículo casi parece contradictorio. ¿Cómo puede la obediencia producir libertad? El mundo define la libertad como la ausencia de restricción. Las Escrituras definen la libertad como la capacidad de llegar a ser todo lo que Dios nos creó para ser. Un tren es más libre cuando permanece sobre sus rieles. Un pez es más libre cuando permanece en el agua. Los seres humanos son más libres cuando viven conforme al diseño de su Creador.

Jesús afirmó esta misma verdad.

*Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.*

**JUAN 8:31-32 (RVR60)**

Observa la progresión. Permanecer en su palabra produce discipulado. El discipulado revela la verdad. La verdad produce libertad. La libertad genuina siempre es el fruto de permanecer en Cristo.

Pero la ilustración del hermano Fairbanks contiene otra perspectiva hermosa. Gran parte del cristianismo se enfoca en la línea que nunca debemos cruzar, la línea hacia el pecado. Sin duda, esa línea importa. Las Escrituras nos advierten repetidamente que huyamos de la tentación, resistamos al diablo y nos abstengamos de toda apariencia de mal. Sin embargo, su mayor énfasis fue que hay otra línea que Dios continuamente nos invita a cruzar: la línea hacia una vida más profunda en el Espíritu.

Demasiados creyentes pasan su vida preguntándose: “¿Qué tan cerca puedo estar del mundo sin caer?”. La mejor pregunta es: “¿Qué tan cerca puedo acercarme a Jesús?”

---

***Una pregunta está motivada por el miedo.  
La otra está motivada por el amor.  
Una busca el límite del compromiso.  
La otra busca la plenitud de la presencia de Dios.***

---

Pablo anima a los creyentes a perseguir este llamado más alto.

*Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz.*

**ROMANOS 8:5-6 (RVR60)**

Observa el contraste. Pablo no solo compara acciones pecaminosas con acciones justas. Compara dos mentalidades diferentes. Una vida es gobernada por la carne; la otra es gobernada por el Espíritu. Una produce muerte; la otra produce vida y paz.

Por eso la consagración no es simplemente evitar el mal comportamiento. Es cultivar intencionalmente los deseos espirituales. Cruzamos hacia la vida del Espíritu cada vez que elegimos la oración en lugar de la distracción, la adoración en lugar de la queja, el perdón en lugar de la amargura, la humildad en lugar del orgullo, la generosidad en lugar del egoísmo, y la obediencia en lugar de la conveniencia. Cada decisión fortalece nuestro caminar con Dios y debilita la influencia de la carne.

La hermosa promesa de las Escrituras es que nadie recorre este camino solo. El Espíritu Santo capacita lo que ordena. Dios nunca nos pide vivir una vida llena del Espíritu solo mediante la determinación humana. El mismo Espíritu que nos convence también nos consuela, nos fortalece, nos guía, y produce su fruto dentro

de nosotros.

Como concluye Pablo:

*Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.*

**GÁLATAS 5:25 (RVR60)**

Esa es la invitación que tiene delante cada creyente. Ya hemos recibido vida nueva a través del Espíritu; ahora somos llamados a caminar en esa vida cada día. La pregunta ya no es: “¿Dónde está la línea que debo evitar?”. La pregunta mayor se convierte en: “¿Qué tan lejos estoy dispuesto a ir en la presencia de Dios?”. Ahí es donde se encuentran el verdadero gozo, la paz duradera, la autoridad espiritual y el propósito de Dios.

> SECCIÓN 6

# Los Límites Son Actos de Gracia

Uno de los mayores engaños del enemigo es convencernos de que los límites de Dios existen para disminuir nuestra vida en lugar de protegerla. Desde el huerto del Edén hasta hoy, Satanás ha susurrado continuamente la misma mentira: “Dios te está reteniendo algo bueno”. Le sugirió a Eva que el mandamiento de Dios era restrictivo en lugar de amoroso, que la obediencia le impediría experimentar algo mejor. La tragedia es que esta mentira no ha cambiado. Todavía resuena en nuestra cultura, animando a las personas a ver los mandamientos de Dios como limitaciones en lugar de expresiones de su amor.

Sin embargo, cuando estudiamos las Escrituras, descubrimos exactamente lo contrario. Cada límite que Dios establece fluye de su perfecta sabiduría, su perfecta santidad y su perfecto amor. Dios nunca coloca un límite entre nosotros y nuestro gozo; coloca límites entre nosotros y nuestra destrucción.

El hermano Taylor Fairbanks le recordó a la congregación que la convicción no es la manera en que Dios hace la vida miserable. Más bien, la convicción amorosamente nos aleja de las cosas que finalmente herirían nuestra alma. El propósito de la consagración no es solo impedirnos cruzar hacia la carne, sino mantenernos posicionados para todo lo que Dios desea realizar a través de nuestra vida.

Este principio se ve desde el mismo comienzo de las Escrituras. Cuando Dios colocó a Adán y Eva en el huerto del Edén, llenó sus vidas de abundancia. Disfrutaban de una comunión sin obstáculos con Dios. Todo árbol agradable a la vista y bueno para comer estaba disponible para ellos. Solo un árbol estaba prohibido.

*Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás.*

**GÉNESIS 2:16-17 (RVR60)**

Observa la generosidad de Dios antes de su restricción. A menudo nos enfocamos en el único árbol que no podían tocar, pero olvidamos los innumerables árboles que fueron invitados a disfrutar. El corazón de Dios siempre ha sido de abundancia. La única prohibición no era evidencia de su dureza; era evidencia de su cuidado paternal.

Todo padre amoroso entiende este principio. Los padres establecen reglas porque comprenden peligros que sus hijos todavía no pueden percibir. Un padre le dice a su hijo que no corra hacia una calle transitada, no porque quiera privarlo de la diversión, sino porque valora la vida de su hijo. Una madre le advierte a su hija que no toque una estufa caliente, no porque disfrute imponer reglas, sino porque comprende el dolor que seguiría.

El niño quizás solo vea la restricción. El padre ve la consecuencia.

De la misma manera, a menudo vemos los mandamientos de Dios desde la perspectiva limitada del presente, mientras que Dios ve el final desde el principio.

El profeta Isaías nos recuerda:

*Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.*

**ISAÍAS 55:8-9 (RVR60)**

Nuestro Padre celestial conoce cada consecuencia antes de que se manifieste. Sus mandamientos no son reacciones a nuestra vida; son provisiones amorosas establecidas mucho antes de que enfrentemos la tentación.

David entendió que los mandamientos de Dios eran expresiones de su bondad y no cargas que soportar.

*Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre.*

**SALMO 16:11 (RVR60)**

Observa dónde se encuentra el gozo.

---

***No fuera de la voluntad de Dios.  
No más allá de sus límites.  
No en rebelión contra sus mandamientos.  
El gozo se encuentra en su presencia.***

---

El mundo promete constantemente felicidad a través de una libertad sin límites, sin embargo, generación tras generación descubre que eliminar los límites no produce paz. En cambio, a menudo produce confusión, quebranto, adicción, ansiedad y vacío. El pecado promete libertad mientras en silencio construye cadenas. La verdad de Dios a veces se siente restrictiva al principio, pero al final conduce a la vida.

Jesús mismo declaró:

*Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor... Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.*

**JUAN 15:10-11 (RVR60)**

Este versículo transforma la manera en que vemos la obediencia. Jesús no dijo: "Obedéceme para que tu gozo desaparezca". Dijo exactamente lo contrario. La obediencia se convierte en el camino hacia la plenitud del gozo. Cada mandamiento que Cristo da tiene la intención de preservar, profundizar y multiplicar nuestro gozo en él.

Esta verdad se vuelve especialmente importante cuando pensamos en las convicciones personales. A veces los creyentes se comparan entre sí y se preguntan por qué Dios parece tratar de manera diferente a

personas diferentes. Sin embargo, el Espíritu Santo sabe con precisión dónde es vulnerable cada uno de nosotros. Las convicciones que desarrolla en nuestra vida nunca son al azar. Son cuidadosamente diseñadas por un Pastor amoroso que sabe exactamente lo que cada oveja necesita.

Pablo enseña este principio en sus instrucciones a la iglesia de Corinto.

*Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica.*

**1 CORINTIOS 10:23 (RVR60)**

Pablo nos recuerda que la vida cristiana no se gobierna simplemente preguntando si algo está permitido. Una pregunta más madura es si algo es beneficioso. ¿Fortalece mi relación con Cristo? ¿Me ayuda a ser más útil en su Reino? ¿Edifica mi espíritu? Estas preguntas nos llevan más allá del estándar mínimo de evitar el pecado y hacia la búsqueda mayor de la madurez espiritual.

Por eso la consagración nunca debe verse como una lista de tareas. La santidad no se mide solo por las cosas que evitamos, sino por a quién nos parecemos: a Cristo. La meta es la transformación, no simplemente la modificación de la conducta.

Pablo expresa esto de manera hermosa.

*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo.*

**ROMANOS 8:29 (RVR60)**

El propósito último de Dios no es simplemente que seamos personas más disciplinadas. Su deseo es que seamos más semejantes a Jesucristo.

Cuanto más maduramos espiritualmente, más comenzamos a apreciar los límites de Dios. Lo que una vez pareció restrictivo se vuelve profundamente reconfortante. Nos damos cuenta de que cada convicción, cada corrección, cada impulso del Espíritu Santo ha sido otra expresión de la gracia de nuestro Padre. Él ha estado guardando en silencio nuestro corazón, protegiendo nuestro testimonio, preservando nuestras familias, fortaleciendo nuestra fe, y preparándonos para una mayor utilidad en su Reino.

Al mirar atrás en nuestra vida, muchos de nosotros podemos testificar que las mayores bendiciones a menudo llegaron a través de oraciones que Dios no respondió, puertas que no abrió, relaciones que no permitió, oportunidades que cerró, y caminos que redirigió. En ese momento, esos momentos se sintieron decepcionantes. Hoy, los reconocemos como evidencia de su mano amorosa.

¿De cuántos peligros invisibles nos ha protegido Dios?

¿De cuántos arrepentimientos nos ha librado su palabra?

¿Cuántas heridas ha evitado su Espíritu simplemente porque elegimos obedecer?

Quizás nunca lo sepamos de este lado de la eternidad.

Lo que sí sabemos es esto: cada límite que Dios establece es un acto de gracia.

---

***Él no está construyendo cercas para impedirnos la vida abundante.  
Nos está guiando amorosamente hacia ella.***

---

Como nuestro Pastor, él siempre sabe dónde están los verdes pastos, dónde fluyen las aguas tranquilas y dónde comienzan los precipicios peligrosos. Porque él es bueno, podemos confiar no solo en sus promesas, sino también en sus límites. Ambos son expresiones del mismo amor inagotable que nos guía con seguridad hacia la plenitud de su propósito.

» SECCIÓN 7

# La Consagración Nos Posiciona para lo Sobrenatural

Todo creyente desea experimentar la obra sobrenatural de Dios. Oramos por sanidad, por el regreso de los hijos pródigos, por vidas transformadas, por un avivamiento que barra nuestras iglesias, y por que el poder del Espíritu Santo sea evidente en nuestra generación. Estos deseos son bíblicos porque reflejan el corazón mismo de Dios. A lo largo del Antiguo y el Nuevo Testamento, vemos repetidamente que Dios se deleita en revelar su poder entre su pueblo. Sin embargo, Josué 3 nos enseña un principio importante que nunca debe pasarse por alto. Antes de que Israel presenciara las aguas del río Jordán detenerse en un montón, Josué les dio una orden que parecía no tener relación con el milagro mismo: “Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros” (Josué 3:5, RVR60). El milagro fue enteramente obra de Dios, pero la consagración preparó al pueblo para participar en lo que Dios estaba a punto de realizar. Esta distinción es crucial. La consagración no produjo el milagro, ni tampoco ganó el favor de Dios. Más bien, posicionó al pueblo de Dios para experimentar su poder con corazones listos para recibirlo.

Este principio nos protege de dos errores opuestos. Por un lado, debemos rechazar la idea de que nuestras disciplinas espirituales de alguna manera ponen a Dios en deuda con nosotros. Ninguna cantidad de oración, ayuno, lectura bíblica, o santidad personal puede jamás ganar un milagro, porque cada bendición que recibimos viene por la gracia de Dios. Pablo nos recuerda en Efesios 2:8-9 que somos salvos por gracia mediante la fe, “no por obras, para que nadie se gloríe”. La misma gracia que nos salva es la gracia que sana, restaura, libera, y hace milagros. Por otro lado, la gracia nunca debe convertirse en excusa para la complacencia espiritual. Aunque no podemos ganar el poder de Dios, las Escrituras muestran consistentemente que Dios prepara a su pueblo antes de confiarle manifestaciones mayores de su presencia. La gracia elimina nuestra culpa, pero también nos invita a una vida de entrega más profunda.

Este patrón aparece a lo largo de toda la Biblia. Noé fue escogido por gracia, sin embargo, pasó años construyendo el arca en fiel obediencia antes de que llegara el diluvio. Abraham recibió las promesas de Dios por gracia, sin embargo, tuvo que dejar todo lo familiar y seguir a donde el Señor lo guiara. David fue ungido rey mientras todavía era pastor, pero años de preparación, prueba y refinamiento precedieron su coronación. De la misma manera, a los discípulos se les prometió el bautismo del Espíritu Santo directamente de Jesucristo, sin embargo, obedecieron su orden de permanecer juntos en Jerusalén, orando de común acuerdo hasta que se cumpliera la promesa. En cada uno de estos ejemplos, la gracia de Dios inició el milagro, pero la fe obediente preparó la vasija que lo recibiría.

El hermano Taylor Fairbanks concluyó su mensaje retando a la congregación a pasar las siguientes cuarenta y ocho horas en consagración intencional, a través de la oración, el ayuno y la entrega, antes de los próximos cultos. Su reto no se presentó como una fórmula para manipular a Dios o garantizar un milagro. Más bien, reflejaba el mismo patrón bíblico que Josué le dio a Israel antes de cruzar el Jordán. El pueblo de Dios se prepara, no porque la preparación obligue la mano de Dios, sino porque la preparación abre su corazón a lo que sea que Dios desee hacer. Es una actitud que dice: “Señor, yo no puedo crear el milagro, pero no quiero que nada en mi vida estorbe lo que tú deseas realizar”.

La historia del avivamiento sigue consistentemente este mismo patrón. El día de Pentecostés no comenzó cuando el sonido de un viento recio llenó el aposento alto. Comenzó días antes, cuando ciento veinte creyentes eligieron obedecer a Jesús permaneciendo juntos en oración y unidad. Hechos 1:14 nos dice que ellos “perseveraban unánimes en oración y ruego”. Mucho antes de que cayera el fuego, hubo oración. Mucho antes de que tres mil almas fueran bautizadas, hubo espera. Mucho antes de que señales

milagrosas acompañaran el ministerio de los apóstoles, hubo humilde dependencia de Dios. El derramamiento sobrenatural de Hechos 2 fue precedido por corazones que ya se habían entregado por completo a la voluntad de Dios.

El mismo principio se puede observar en el ministerio de Elías. Antes de que el fuego cayera del cielo sobre el monte Carmelo, Elías primero reparó el altar derribado que la nación había descuidado. El milagro no comenzó con el fuego; comenzó con la restauración. De la misma manera, el ministerio profético de Isaías comenzó solo después de que el Señor limpiara sus labios con un carbón encendido del altar. Pedro predicó con valentía solo después de haber sido lleno del Espíritu Santo, y los apóstoles ministraron con una autoridad extraordinaria porque primero habían aprendido la dependencia completa de Cristo. A lo largo de las Escrituras, Dios demuestra que se deleita en usar vasijas que han sido preparadas para sus propósitos.

Pablo expresa esta verdad de manera hermosa en 2 Timoteo 2:20-21, donde compara a los creyentes con vasijas dentro de una gran casa. Algunas vasijas se reservan para uso común, mientras que otras se preparan para propósitos honrosos. Concluye diciendo que si una persona se limpia de las cosas que deshonran a Dios, se convierte en “vaso para honra, santificado, y útil para los usos del Señor, y dispuesto para toda buena obra”. El énfasis no está en que Dios ame más a una vasija que a otra, sino en que la consagración aumenta nuestra utilidad en las manos del Maestro.

---

***Dios nunca está limitado por su poder; él está buscando corazones disponibles, rendidos y dispuestos a ser usados.***

---

Esta verdad se extiende mucho más allá de quienes predicán detrás de un púlpito. Todo creyente ha sido llamado a participar en la obra del Reino de Dios. Algunos son llamados a predicar, otros a enseñar, otros a discipular a nuevos creyentes, animar a los heridos, orar por los enfermos, criar familias piadosas, o representar fielmente a Cristo en sus lugares de trabajo y comunidades. Lo sobrenatural no se limita a milagros dramáticos. Cada vez que el Espíritu Santo usa a un creyente para llevar a alguien al arrepentimiento, restaurar un matrimonio quebrantado, hablar esperanza a un corazón desanimado, o demostrar el amor de Cristo a través de simples actos de obediencia, el cielo está obrando. Jesús les recordó a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mateo 5:14). Esa luz brilla más cuando nuestras vidas primero se han rendido a él.

En última instancia, la consagración no se trata de hacernos dignos del poder de Dios; se trata de hacernos disponibles para el propósito de Dios. Josué nunca le pidió a Israel que detuviera el río Jordán. Esa era responsabilidad de Dios. Simplemente llamó al pueblo a santificarse. De la misma manera, nosotros no somos responsables de producir milagros, crear avivamiento, o cambiar corazones. Esas cosas le pertenecen solo a Dios. Nuestra responsabilidad es permanecer rendidos, obedientes y sensibles a su voz. Cuando nos colocamos en sus manos, descubrimos que él se deleita en hacer cosas extraordinarias a través de personas comunes cuya mayor cualificación no es su capacidad, sino su entrega completa. Por eso la consagración siempre precede a las maravillas de Dios. Prepara la vasija para que, cuando el Señor decida moverse, nada en nuestra vida nos impida entrar en todo lo que él ha preparado para nosotros.

> SECCIÓN 8

# Mañana el Señor Hará Maravillas

La orden de Josué terminó con una promesa que ha animado al pueblo de Dios por generaciones: “Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros” (Josué 3:5, RVR60). Estas palabras revelan el increíble equilibrio entre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana. Israel no podía partir el río Jordán, detener sus aguas desbordadas, ni asegurar su herencia con sus propias fuerzas. Esas eran obras que solo Dios podía realizar. Su responsabilidad era mucho más sencilla, pero igualmente importante. Fueron llamados a consagrarse y a confiar en que el Dios que había sido fiel en el pasado volvería a demostrar su poder en el presente. Su obediencia los preparó para presenciar lo que solo el Señor podía hacer.

La palabra “maravillas” es significativa. Josué no prometió eventos ordinarios ni explicó exactamente cómo obraría Dios. En cambio, declaró que el Señor mismo haría maravillas entre ellos. A lo largo de las Escrituras, esta palabra a menudo se asocia con los actos milagrosos de Dios que dejan a las personas asombradas ante su grandeza. Cuando Israel miraba atrás en su historia, recordaba las plagas en Egipto, el cruce del Mar Rojo, la columna de nube de día y la columna de fuego de noche, el maná del cielo y el agua que brotaba de la roca. Estos no eran simplemente eventos impresionantes; eran demostraciones visibles de que solo Dios merecía la gloria. El mismo Dios que había hecho maravillas en el pasado estaba a punto de realizar otro milagro ante sus ojos.

Esto nos recuerda una verdad importante sobre el carácter de Dios. Él no es simplemente el Dios de los milagros del ayer. Es el Dios de la fidelidad de hoy y de las promesas del mañana. A veces los creyentes se desaniman porque pasan más tiempo recordando lo que Dios hizo una vez que creyendo lo que todavía puede hacer. Israel pudo haberse quedado en el lado oriental del Jordán celebrando el milagro del Mar Rojo por el resto de su vida. En cambio, Dios los llamó a avanzar porque su obra entre ellos no había terminado. Cada milagro tenía como propósito aumentar su fe para el siguiente paso de obediencia.

La vida cristiana sigue el mismo patrón. Nuestro testimonio nunca debería convertirse en un museo que solo exhibe lo que Dios hizo hace años. Debería convertirse en un testimonio vivo que proclama continuamente lo que él todavía está haciendo hoy. El Dios que nos perdonó todavía nos está transformando. El Dios que nos llenó con su Espíritu todavía nos está santificando. El Dios que abrió puertas en el pasado todavía está dirigiendo nuestros pasos hoy. Servimos a un Salvador vivo que continúa obrando entre su pueblo, y porque él nunca cambia, su poder no ha disminuido. Hebreos 13:8 nos recuerda: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Nuestras circunstancias pueden cambiar, pero su fidelidad nunca cambia.

También vale la pena notar que Josué dijo: “el Señor hará maravillas entre vosotros”. El milagro no fue prometido a un solo individuo; fue prometido a toda la nación. Dios se preparaba para moverse en medio de su pueblo del pacto. Esto resalta un principio bíblico importante que a veces pasamos por alto. Aunque Dios ciertamente obra en vidas individuales, también se deleita en moverse de manera colectiva entre su Iglesia. A lo largo del libro de Hechos, los mayores derramamientos del Espíritu Santo ocurrieron cuando los creyentes se reunían en unidad. El avivamiento siempre ha sido más que una experiencia personal; es una visitación corporativa de la presencia de Dios entre su pueblo.

Por eso la unidad y la consagración a menudo van de la mano. Una iglesia dividida no puede experimentar plenamente lo que puede experimentar una iglesia unida. El orgullo, la falta de perdón, los celos, la

amargura y los conflictos sin resolver entristecen al Espíritu Santo y estorban la comunión que Dios desea construir entre su pueblo. Antes de Pentecostés, los discípulos estaban “unánimes juntos en un mismo lugar” (Hechos 2:1). Su unidad no creó el derramamiento, pero los posicionó para recibirlo juntos. De la misma manera, Josué llamó a toda una nación a consagrarse porque Dios se proponía realizar un milagro que cada familia, cada tribu y cada generación recordaría.

Quizás una de las mayores lecciones de Josué 3 es que las maravillas de Dios a menudo comienzan antes de que podamos verlas. Mientras Israel se consagraba, el río Jordán todavía se veía exactamente igual. Las aguas continuaban desbordando sus riberas. No había evidencia visible de que un milagro estaba a punto de ocurrir. Desde una perspectiva humana, nada había cambiado. Sin embargo, mientras el pueblo preparaba su corazón, Dios ya estaba preparando el milagro. Esto nos enseña que la obra de Dios a menudo comienza en lugares que nuestros ojos todavía no pueden percibir.

---

### ***El cielo nunca está inactivo, aun cuando la tierra parezca no haber cambiado.***

---

¿Cuántas veces hemos orado por respuestas sin ver evidencia inmediata de que Dios se estaba moviendo? ¿Cuántas veces nos hemos preguntado si nuestras oraciones, ayunos y fidelidad estaban logrando algo? Josué nos recuerda que el silencio de Dios nunca debe confundirse con su ausencia. El Jordán no comenzó a dividirse hasta que los sacerdotes avanzaron en obediencia. A veces Dios está obrando entre bastidores, arreglando circunstancias, preparando corazones, abriendo puertas y cumpliendo sus propósitos mucho antes de que reconozcamos lo que está haciendo. La fe confía en las promesas de Dios aun cuando nuestros ojos todavía no han visto su cumplimiento.

Esta verdad alcanza su clímax cuando los sacerdotes que llevaban el Arca del Pacto pusieron sus pies en el desbordado Jordán. Dios no detuvo el río mientras ellos permanecían seguros en la orilla. Las aguas se dividieron solo después de que obedecieron su orden y pusieron sus pies en lo que parecía una situación imposible. La fe a menudo se demuestra no esperando hasta que todo tenga sentido, sino obedeciendo la palabra de Dios antes de ver el resultado. El milagro no eliminó la necesidad de la fe; más bien, la fe se convirtió en la puerta por la cual se experimentó el milagro.

La misma invitación permanece delante de la Iglesia hoy. Dios todavía llama a su pueblo a vidas de consagración, no porque se deleite en exigir sacrificio, sino porque desea revelar su gloria a través de vasijas rendidas. Puede que no todos estemos frente a un río desbordado, pero cada uno de nosotros encontrará momentos en que las promesas de Dios parezcan más grandes que nuestras circunstancias. En esos momentos, la pregunta no es si Dios puede. Las Escrituras ya resolvieron esa pregunta. La verdadera pregunta es si estamos dispuestos a confiar en él lo suficiente para avanzar en obediencia, creyendo que el Dios que siempre ha sido fiel volverá a hacer maravillas entre su pueblo.

El mensaje de Josué es, por lo tanto, tan relevante hoy como lo fue hace miles de años. Cada generación debe decidir si se conformará con recordar los milagros de ayer o se preparará para los de mañana. Dios todavía busca personas cuyo corazón esté completamente dedicado a él. Todavía honra la obediencia humilde. Todavía llena vasijas rendidas. Todavía abre ríos que ninguna fuerza humana puede cruzar. Y todavía se deleita en hacer lo que solo él puede hacer, para que cada milagro finalmente lleve a las

personas de regreso a su grandeza.

La promesa permanece sin cambios: cuando el pueblo de Dios se consagra y camina fielmente en obediencia, puede dejar con confianza lo imposible en sus manos. El mañana le pertenece al Señor, y el Dios que llamó a Israel a cruzar el Jordán todavía es el Dios que hace maravillas entre su pueblo hoy.

> CONCLUSIÓN

# Preparándonos para el Mañana de Dios

La historia de Josué 3 es mucho más que el relato de un río que dejó de fluir. Es la historia de un pueblo que aprendió que las mayores maravillas de Dios a menudo están precedidas por temporadas de preparación. Israel estaba de pie al borde de una promesa que se había hablado generaciones antes. Abraham había escuchado de ella. Isaac creyó en ella. Jacob soñó con ella. Moisés guio al pueblo hacia ella. Sin embargo, fue la generación de Josué la que finalmente entró en ella. Su herencia no estaba determinada solo por la promesa de Dios, sino también por su disposición a confiar lo suficiente en él para obedecer. Antes de que las aguas se dividieran, antes de que los sacerdotes entraran al río, antes de que un solo pie pisara la Tierra Prometida, Josué dio una orden sencilla que lo cambió todo: “Santificaos”.

Al estudiar este pasaje, hemos descubierto que la consagración no se trata de ganar el favor de Dios, sino de responder a su gracia. No es una vida definida por reglas, sino una relación definida por la entrega. Es mucho más que decir “no” al pecado; es decir “sí” al señorío de Jesucristo. Cada acto de consagración declara que confiamos más en la sabiduría de Dios que en la nuestra, más en sus promesas que en nuestras circunstancias, y más en su presencia que en los placeres temporales que ofrece este mundo. El creyente que consagra su vida no está tratando de convencer a Dios de que actúe. Más bien, se está colocando en una posición donde nada estorba la obra de Dios en él y a través de él.

Josué también nos recuerda que cada generación debe decidir si simplemente recordará los milagros de ayer o se preparará para los de mañana. Habría sido fácil para Israel pasar el resto de su vida hablando del Mar Rojo. En cambio, Dios los llamó a experimentar otro milagro porque su propósito para ellos todavía no se había cumplido. La misma tentación existe hoy para la Iglesia. Agradecemos a Dios por los avivamientos del pasado, por los testimonios de sanidad, por las historias de salvación, y por la fidelidad que ha demostrado a lo largo de la historia. Pero nuestro Dios no es solo el Dios del ayer. Todavía está escribiendo testimonios. Todavía está llenando a los creyentes con el Espíritu Santo. Todavía está restaurando hogares quebrantados. Todavía está llamando a los príncipes de regreso. Todavía está abriendo puertas que nadie más puede abrir. El Dios de Josué todavía está haciendo maravillas entre su pueblo.

Quizás la mayor lección de este capítulo es que el milagro comenzó mucho antes de que el río Jordán dejara de fluir. Comenzó cuando el pueblo de Dios se humilló en obediencia. Mientras el río se veía sin cambios, Dios ya estaba preparando lo que ningún ojo humano todavía podía ver. Esa verdad debería animar a todo creyente que ora, sirve, ayuna, da y camina fielmente con Dios, aun cuando nada parezca estar cambiando. El cielo nunca está inactivo. Nuestro Padre siempre está obrando entre bastidores, arreglando circunstancias, preparando corazones, y cumpliendo sus propósitos conforme a su tiempo perfecto. Lo que nos parece demora a menudo es la preparación de Dios.

Como seguidores de Jesucristo, vivimos al borde de promesas mayores que todo lo que Israel experimentó en el Jordán. Hemos sido llamados a proclamar el evangelio a toda nación, hacer discípulos, edificar su Iglesia, y prepararnos para el glorioso regreso de nuestro Señor. Estas tareas no pueden cumplirse solo con talento, personalidad, educación o capacidad humana. Requieren la capacitación continua del Espíritu Santo. Y aunque el poder de Dios nunca se puede ganar, las Escrituras enseñan repetidamente que él se deleita en usar corazones humildes, rendidos y completamente disponibles para él.

Que las palabras de Josué se conviertan en nuestra propia oración: “Señor, santifícanos”. Elimina todo lo que compita por tu lugar en nuestro corazón. Enséñanos a amar la santidad, no como una carga, sino como

el gozoso privilegio de pertenecerte por completo. Ayúdanos a valorar tu presencia más que la aprobación del mundo, tu verdad más que nuestras propias opiniones, y tu Reino más que nuestras propias ambiciones. Prepáranos para ser vasijas limpias, útiles y listas para toda buena obra.

Entonces, con el corazón lleno de fe, avancemos en obediencia, creyendo que el Dios que dividió el río Jordán no ha cambiado. Sus promesas siguen siendo verdaderas. Su poder sigue siendo ilimitado. Su gracia sigue siendo suficiente. Y su invitación todavía resuena a través de cada generación:

*Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros.*

**JOSUÉ 3:5 (RVR60)**

Que seamos la generación que responda a ese llamado.

» REFLEXIONA

# Preguntas de Reflexión

**> PREGUNTA 1**

Josué le dijo a Israel que se “santificara” antes de ver siquiera el milagro. ¿Por qué crees que Dios a menudo nos pide que obedezcamos antes de mostrarnos lo que va a hacer? ¿Puedes pensar en un momento en que Dios te pidió que confiaras en él sin conocer el resultado?

- > .....
- > .....
- > .....
- > .....

**> PREGUNTA 2**

Aprendimos que la consagración no es simplemente decir “no” al pecado, sino decir “sí” a una relación más profunda con Jesús. Al mirar tu temporada actual de vida, ¿cuál es un área donde Dios quizás te esté invitando a acercarte más a él, en lugar de simplemente evitar algo malo?

- > .....
- > .....
- > .....
- > .....

**> PREGUNTA 3**

Los israelitas ya habían experimentado el Mar Rojo, sin embargo, Dios quería que confiaran en él de nuevo en el Jordán. ¿Por qué crees que las experiencias pasadas con Dios no pueden reemplazar una relación presente con él? ¿Cómo estás construyendo intencionalmente tu caminar con Dios hoy, en lugar de vivir solo del testimonio de ayer?

- > .....
- > .....
- > .....
- > .....

**> PREGUNTA 4**

Los límites de Dios son expresiones de su amor, no limitaciones a nuestra libertad. ¿Ha habido alguna vez un mandamiento, una convicción, o una temporada de espera que al principio no entendiste, pero que después reconociste como la protección de Dios? ¿Qué te enseñó esa experiencia sobre confiar en su sabiduría?

- > .....
- > .....
- > .....
- > .....

**> PREGUNTA 5**

El hermano Fairbanks ilustró que hay dos líneas: la línea que lleva hacia la carne y la línea que lleva hacia el Espíritu. ¿Hacia qué dirección te están moviendo tus hábitos diarios? Si alguien observara tu horario, tu entretenimiento, tus conversaciones y tus prioridades esta semana, ¿concluiría que estás persiguiendo intencionalmente a Jesús? ¿Por qué sí o por qué no?

- > .....
- > .....
- > .....
- > .....

**> PREGUNTA 6**

El río Jordán no dejó de fluir hasta que los sacerdotes entraron en él. ¿Cuál es el “Jordán” que tienes delante hoy? ¿Hay un área donde Dios te está pidiendo que des un paso de fe antes de verlo moverse? ¿Qué te está impidiendo dar ese paso?

- > .....
- > .....
- > .....
- > .....

**> PREGUNTA 7**

La promesa de Josué fue: “Mañana Jehová hará maravillas entre vosotros”. Si Dios estuviera preparando hacer algo extraordinario en tu vida, ¿qué querrías que encontrara al mirar tu corazón hoy? ¿Qué cambios prácticos puedes comenzar a hacer esta semana para estar más disponible para su propósito?

> .....

> .....

> .....

> .....

> .....

» DESAFÍO

# Desafío Personal

Esta semana, aparta un área de tu vida para una consagración intencional. Puede ser ayunar una comida, limitar las redes sociales, apartar tiempo adicional para la oración, reconciliar una relación quebrantada, o eliminar una distracción que compite por tu atención. En la discusión de la próxima semana, prepárate para compartir, no qué milagro viste, sino qué comenzó Dios a hacer en tu corazón a través de tu obediencia.

> ESTA SEMANA YO VOY A

>

-----

>

-----

>

-----

>

-----

>

-----

>

-----

>

-----